

CAPÍTULO 2

El núcleo duro del hecho migratorio: familia y comunidad

Los historiadores, antropólogos, sociólogos y geógrafos han mostrado que el comportamiento de los migrantes se ve fuertemente influido por las experiencias históricas al igual que por las dinámicas familiar y comunitaria. La familia y la comunidad son críticas en las redes migratorias [...] Los vínculos familiares con frecuencia proporcionan tanto el capital financiero como el cultural que hacen posible la migración [...] Los movimientos migratorios, una vez iniciados, se convierten en procesos sociales autosostenidos.

(*La era de la migración*, Castles y Miller, 2004)

Lo global en lo local: la transnacionalización de las migraciones

A nivel internacional vivimos no sólo un repunte en la magnitud de los flujos poblacionales y económicos (remesas), sino también un posicionamiento cada vez más creciente del discurso migratorio en las esferas y escenarios públicos. En efecto, en la actualidad, la magnitud del número de migrantes internacionales asciende a casi 200 millones de personas; la mayoría de los países participa, ya sea como lugares de origen, de tránsito o de destino de los migrantes. En Latinoamérica, en los últimos años, se ha dado un incremento considerable en el número de migrantes, como ya indicamos en el primer capítulo, alrededor de 25 millones de personas han emigrado de su país de origen. Si bien estas corrientes migratorias tienen como destino principal Norteamérica y Europa, también son importantes los destinos laborales en la misma región, sobre todo Argentina, Brasil, Costa Rica y Venezuela (en la mayoría de los casos, migración fronteriza). En este escenario, las proyecciones y estimaciones de los estudios e informes sobre el asunto señalan que es muy probable

que la migración internacional continúe incrementándose en los próximos decenios.

En la misma o quizá mayor medida, las remesas económicas generan impactos de amplio espectro y de diversa índole en las estructuras básicas de la sociedad (comunidad, familia, escuela, roles sociales, etc.) pero también a niveles macroeconómicos. Así, las remesas económicas constituyen un aspecto cada vez más importante para la transferencia de recursos de los países desarrollados receptores de migrantes hacia los países expulsos, ya que los envíos monetarios que realizan los migrantes constituyen un significativo aporte de recursos económicos ‘frescos’ que se insertan en diferentes sectores de las economías locales, regionales y nacionales. Se estima que estas corrientes de capital sobrepasan los montos de asistencia oficial para el desarrollo de algunos países. Para 2005, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) previó que las cifras de remesas a América Latina ascenderían a 55 mil millones de dólares. En todo caso estos envíos de dinero y sus implicaciones tienen una amplia serie de consecuencias en las sociedades de los países receptores. Hay que señalar sobre este punto que para algunos autores junto a las remesas económicas hay que distinguir también las llamadas remesas colectivas o sociales y los intercambios de conocimiento e información que generan alteraciones en las relaciones sociales así como en los imaginarios colectivos.

Sin embargo, otro aspecto novedoso es la relevancia discursiva que va adquiriendo la temática migratoria en distintas esferas de lo público; a estas alturas queda claramente establecida la importancia de los procesos migratorios para los Estados nacionales, donde la creciente diversidad cultural contribuye a cambios significativos en las instituciones políticas centrales, como es el caso de la ciudadanía que afecta a la naturaleza misma de los Estados. Para investigadores del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), países caracterizados por la emigración tienden a ampliar los derechos de ciudadanía de sus poblaciones desterritorializadas, incorporándolas en la (re)elaboración de nuevos imaginarios de nación, como forma de posicionarse en el sistema económico mundial; mientras que otros países, especialmente los de destino, gestionan la temática migratoria asociada a la idea de seguridad nacional (Novick, 2008).

En Bolivia, la importancia y relevancia pública del tema migratorio es reciente y coincide en gran medida con la masiva emigración de bolivianos/as a España a principios del presente siglo, pese a la larga tradición emigratoria existente en el país. Esta importancia se debe en gran medida, como ya se dijo, al rol que juegan los medios de comunicación en la percepción y discernimiento de la opinión pública sobre este tema.

Tradicionalmente, el abordaje de los procesos migratorios se ha desarrollado desde distintas perspectivas y disciplinas (demografía, economía, sociología, antropología, ciencia política, historia) por lo cual es posible encontrar una gran variedad de teorías, conceptos, tipologías y formas de realización. Este hecho ha llevado a considerar estamos en medio de una “crisis paradigmática” (García y Montes, 2003), en la que algunos abogan por su abordaje desde un sistema de teorías (Simmons, 1991) y otros optan por la construcción de una nueva epistemología de la migración (Domenach, 1998).

En América Latina, las investigaciones sobre migraciones se iniciaron a finales de la década de los cincuenta, sobre todo en el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) y las universidades norteamericanas y europeas. En una primera etapa, el interés se centraba en describir y cuantificar variables de tipo demográfico, valiéndose para ello de estadísticas vitales, censos y encuestas que permitieran establecer la migración neta. Paralelamente, en la Argentina, sociólogos como Gino Germani (1965) estudiaron las migraciones internas (rural-urbanas) durante el proceso de sustitución de importaciones o industrialización desde una visión funcionalista y desarrollista que hacía hincapié en la idea de modernización económica, al considerar que las sociedades latinoamericanas debían atravesar la mutación de sociedades tradicionales (rurales) hacia sociedades modernas (urbanas). En esta ‘teoría de la modernización’ importaba la caracterización y asimilación de los migrantes en el lugar de destino; metodológicamente se recurría a la encuesta, las entrevistas y las historias de vida, privilegiando al individuo como unidad de análisis.

Por su parte, la teoría económica neoclásica impulsada en la década de los años sesenta por los centros universitarios del Norte buscaba explicaciones a los procesos migratorios de los individuos como

consecuencia de una decisión racional que se efectuaba sobre la base de consideraciones sobre los costos y utilidades –básicamente económicos– en los distintos lugares de origen y destino (diferencias de salarios, empleo y otros). La migración se explicaba por factores económicos y recurriendo a técnicas de análisis de la econometría (regresiones, ecuaciones) sobre la base de fuentes de información secundaria y de tipo censal incidiendo en las dinámicas campo-ciudad.

A principios de los años setenta, algunos autores señalaban que esos estudios no relacionaban los elementos de carácter estructural con los elementos individuales, ni tomaban en cuenta la especificidad de los cambios poblacionales en el contexto de un capitalismo periférico (Muñoz *et al.*, 1972). El cuestionamiento general de las teorías de la modernización, como marco de análisis válido para la realidad social de los países de la región que priorizaba en su visión el tránsito de la sociedad ‘tradicional’ (rural) a la sociedad ‘moderna’ (urbana), dio pie a lo que se ha dado en llamar el enfoque histórico-estructural, que enfatiza la necesidad de entender las migraciones internas como procesos demográfico-sociales que podrían ser explicados por factores ‘macro-estructurales’ vinculados a la estructura productiva. Para esta corriente, los flujos migratorios deben ser analizados en el contexto histórico en el que ocurren, en términos de sus estructuras económicas, políticas y sociales, y no sólo en sus lugares de origen y destino.

La actual problemática respecto a la globalización/mundialización ha dado lugar a un intenso y acalorado debate sobre los alcances, interpretaciones y consecuencias de las migraciones. La emergencia de nuevas interrogantes en un contexto cambiante afectado por la globalización económica y cultural, los crecientes procesos de integración regional, la incorporación de nuevas tecnologías y la dispersión creciente de la división del trabajo son los insumos que alimentan dichos debates generando reacciones contrapuestas cuando no contradictorias. Castles y Miller (2004) en referencia a “la era de la migración” constatan que los movimientos internacionales de migrantes constituyen una dinámica central de la globalización, cuya característica fundamental es el crecimiento de los flujos entre diversas fronteras (flujos de inversión, comercio, productos culturales, personas, ideas) y por la proliferación de redes transnacionales con nodos de control en múltiples localidades. Para los autores, las tendencias

generales de las migraciones contemporáneas tienen que ver con su carácter global, la aceleración de las dinámicas, la diferenciación respecto a patrones clásicos, el grado de feminización que adquiere el proceso y su creciente politización. Así, la migración transnacional está vinculada estrechamente a las cambiantes condiciones del capitalismo global, por lo cual debe ser analizada en el contexto de las relaciones globales entre capital y trabajo (Basch *et al.*, 1992). Es evidente que, por lo general, los movimientos migratorios masivos de los últimos años tienen un carácter básicamente laboral y que la mano de obra migrante es un factor que contribuye a la expansión del capitalismo a escala internacional. Por lo tanto, la dirección más frecuente de los flujos migratorios se orienta de los países con menor desarrollo hacia los de mayor desarrollo económico.

Así, el transnacionalismo es asumido por Basch, *et al.* (1992) como un transitar entre ambos polos (origen y destino) manteniendo relaciones sociales en ambos lados de la frontera y construyendo a partir de ello, un 'espacio social transnacional'. El transnacionalismo es definido como "el proceso a través del cual los migrantes forjan y sostienen múltiples relaciones sociales que vinculan a sus sociedades de origen con las de llegada. Llamamos a este proceso transnacional para enfatizar que muchos migrantes construyen campos sociales que cruzan los bordes geográficos, culturales y políticos" (: 7). Es decir, el transnacionalismo es "el proceso mediante el cual los migrantes construyen un campo social que vincula simultáneamente el país de origen y el país de residencia... [S]egún esta literatura, las experiencias individuales y colectivas de los migrantes están integrando tiempos y especialidades de distintas naciones, en horizontes culturales comunes" (Velasco, 2002: 23-24). En todo caso, se trata de una concepción novedosa que considera a los migrantes como agentes sociales con capacidad de intervenir en el futuro de las migraciones internacionales. Esta noción –y con mayor especificidad la de 'comunidades transnacionales'– hace referencia a "campos emergentes" que se caracterizan por vínculos sólidos y fluidos que mantienen los migrantes internacionales con sus lugares de origen, así como con la creciente movilidad de tipo circulatoria o repetitiva y el surgimiento de Estados-nación desterritorializados (Castles y Miller, 2004). Buena parte de la viabilidad y desarrollo de estas 'comunidades transnacionales' se basa en los nexos que se generan entre los lugares y/o países involucrados, nexos que se efectivizan a partir de

redes sociales (parentesco, solidaridad, paisanaje) y prácticas culturales que autodefinen y recrean pertenencias, fidelidades e identidades de tipo nacional. Por su parte, Mezzadra (2005) argumenta en torno al carácter autónomo de las migraciones: “Las migraciones pueden ser también caracterizadas por una relativa autonomía, es decir, pueden desarrollarse de forma indiferente a las políticas de los gobiernos [...] Es la gente, además de los gobiernos, la que dará forma a las migraciones internacionales: las decisiones tomadas por los individuos, las familias y las comunidades juegan un rol esencial en determinar el proceso migratorio.”

Como ya vimos, en el último cuarto del siglo pasado, los procesos migratorios internacionales de bolivianos/as adquirieron mayor intensidad y focalizaron como lugares de destino masivo básicamente a tres países: Argentina, Estados Unidos y Brasil. En lo que va de este siglo, se han experimentado transformaciones significativas en los patrones migratorios internacionales del *habitus* de movilidad espacial en Bolivia. La magnitud de los flujos lleva a estimar que hemos pasado por un período de fuerte éxodo, en el cual los nuevos destinos focalizados básicamente en España emergen como el gran mercado laboral en el mediano y largo plazo con tendencia a expandirse a otros países europeos (Italia, Inglaterra). Los novedosos perfiles que emergen de estas dinámicas y que se relacionan con la feminización del proceso, población con niveles elevados de estudio, mayor frecuencia de circulación espacial que van aparejados con aspectos propios de la globalización tales como el acceso a información, mayores posibilidades de viajes largos y sistema de comunicaciones, hacen presumir una nueva faceta de la movilidad poblacional en estas latitudes. En este sentido, es lógico asumir que esta fisonomía de las migraciones transnacionales empieza a adquirir nuevos matices en la esfera de la familia.

Las publicaciones y la literatura consultada con el fin de determinar el número actual de migrantes transnacionales bolivianos coinciden en señalar la dificultad de generar un cálculo de seguridad plena. La información que a veces explicita la Cancillería de Bolivia sobre la base de registros aeroportuarios, fronterizos y consulares es limitada y nada generalizable. Por su parte, el Servicio Nacional de Migraciones, institución responsable de la emisión de pasaportes y de los controles tanto de ingreso como de salida al país, presenta serias

deficiencias (relacionadas con la carencia de medios y la negligencia) en sus sistemas de información, a la vez que resulta casi imposible acceder a los mismos. De acuerdo a censos oficiales, 250 mil bolivianos vivían fuera del país en 1976 y, en 1992, la cantidad apenas bordeaba los 380 mil. Sin embargo, un sorpresivo informe del Servicio Nacional de Migración de finales de agosto de 2004 elevó la cuenta oficial de ciudadanos fuera de Bolivia a 1.366.821, lo cual representaría sólo un 14,2% con relación a los datos del Censo Nacional de Población y Vivienda de 2001. En ese sentido, también puede recordarse que, de acuerdo a datos de la misma fuente, el 18% de las madres encuestadas tiene a uno o más de sus hijos que viven en el extranjero. En este punto es necesario subrayar que los censos bolivianos subestiman el número de migrantes bolivianos en el exterior. Todos estos datos nos llevan a pensar que uno de cada cinco bolivianos vive fuera de Bolivia. Datos actuales del Capítulo Boliviano de Derechos Humanos, Democracia y Desarrollo, en su informe sobre “La situación de migrantes en Bolivia” (2006), y referencias de la Pastoral de Movilidad Humana señalan que más de dos millones y medio de bolivianos y bolivianas residirían fuera del país, es decir, por encima del 30% de la población total boliviana.

En estos continuos movimientos en y de Bolivia podemos distinguir a lo largo del siglo pasado dos tipos de migraciones hacia otros países: una de tipo fronterizo focalizada básicamente dos destinos: la Argentina y el Brasil; y otra de tipo transoceánico (Estados Unidos de Norteamérica). Sin embargo, esto no significa que estos tres países sean los únicos que acogen a la diáspora boliviana en el exterior; existen muchos otros países con colectividades más reducidas de bolivianos.

Como ya mencionamos en el primer capítulo, la República Argentina fue desde finales del siglo diecinueve el destino tradicional de la emigración boliviana, concentrada primero en ámbitos fronterizos y de índole básicamente agrícola (zafra de caña de azúcar); contingentes significativos de guaraníes se vieron forzados a abandonar sus territorios y ‘cruzar fronteras imaginarias’ para dirigirse a localidades del vecino país para emplearse o empatronarse en haciendas o empresas agrícolas. Con el transcurrir del tiempo, hacia la segunda mitad del siglo veinte, los flujos migratorios bolivianos comenzaron a dirigirse a las ciudades para llenar los requerimientos de las nacientes áreas industriales situadas en sus márgenes. Durante la década de los años

ochenta, la población de migrantes bolivianos en las zonas urbanas y peri-urbanas de Argentina aumentó de manera notoria, sobre todo en la Provincia de Buenos Aires, dedicada a la construcción, los servicios y la manufactura (talleres textiles). En este sentido, la Argentina es el lugar más estudiado desde esta perspectiva; no sólo es destacable la cantidad de investigaciones y estudios llevados a cabo en dicho país sobre diversos aspectos de la migración boliviana, sino también la calidad y profundidad de muchos de ellos.

Grimson (2005) considera que en Buenos Aires se está construyendo “desde abajo” una nueva bolivianidad cuyo eje organizador es la dimensión cultural que se despliega en el proceso migratorio; para este autor “la colectividad boliviana en Buenos Aires no se construye como una “minoría nacional” sino como una ‘minoría cultural’, en tanto la nacionalidad es una referencia a las culturas y a las tradiciones. En una nota a pie de página aclara, “el proceso de constitución de la colectividad boliviana no puede definirse... como ‘nacionalización’, ya que el Estado no constituye una referencia central” (: 185). Para Grimson:

La nueva bolivianidad subordina las identificaciones y distinciones de etnia, clase y región que existían en Bolivia a una etnicidad definida en términos nacionales, reuniendo un conjunto de elementos provenientes de distintos momentos históricos, incluso anteriores a la creación de del Estado Nacional boliviano, y de diversas regiones geográficas y culturales. La característica común de esos elementos consiste en que son recogidos del folklore, de las culturas de los sectores populares, dejando a un lado al menos en el momento actual, otras “tradiciones” explícitamente políticas.

Estas narraciones identitarias les permiten construir una **comunidad cultural** que es también la construcción de una comunidad de intereses (: 186, el énfasis es nuestro).

En cuanto a las tradiciones políticas que estarían siendo relegadas por lo cultural, hoy en día, habría que preguntarse cuánto se ha avanzado en esta dirección, es decir, en cierta politización o empoderamiento de las migraciones, ya que hay que recordar que fueron las organizaciones de la colectividad boliviana de la Argentina –sobre

todo de Buenos Aires– las que ganaron un juicio al Estado boliviano para ser tomadas en cuenta como votantes en las elecciones presidenciales del año 2005. Aunque la justicia falló a favor de las organizaciones de bolivianos, cuestiones normativas, operativas y de logística impidieron la primera experiencia de voto en el extranjero para los migrantes bolivianos. Éste fue el resultado de un proceso anterior de construcción de la demanda en el seno mismo de estas ‘comunidades culturales’ pero en directa referencia al Estado boliviano. En todo caso, esa demanda sigue en franco proceso de fortalecimiento.

Diversos estudios, como ya se explicitó, mencionan que una parte significativa de la producción hortícola del norte argentino se halla en manos de familias bolivianas. Estos estudios buscan comprender la complejidad del fenómeno desde las características de la transnacionalidad, resaltando aspectos de ocupación y estructuración de los espacios, los nexos entre ruralidad y migración internacional o la importancia de las remesas en los procesos productivos locales con su consiguiente impacto en el mejoramiento de la calidad de vida y la reducción de la pobreza. Se estima que hoy en día existen alrededor de un millón y medio de bolivianos/as en la República Argentina, siendo el país extranjero que contiene el mayor colectivo de migrantes nacionales. Si bien la mayoría de estas investigaciones se originan en centros académicos de la Argentina, también desde Bolivia se ha contribuido a una comprensión más integral del hecho, ya sea caracterizando lo que Cortes denomina “una ruralidad de la ausencia” (2004) en los valles altos de Cochabamba o bien las dinámicas de movilidad social y laboral en migraciones campesinas en el sur boliviano (Pérez, 2004).

Resulta evidente que las investigaciones sobre migración transnacional boliviana no se reducen al caso Argentino, aunque son las que con más detenimiento y profundidad han abordado el tema. Para el caso de los Estados Unidos de Norteamérica, resulta interesante contrastar la poca documentación editada sobre la materia, pese a ser un fenómeno de por lo menos tres décadas; quizá una explicación pueda encontrarse en la composición social de esta migración –en buena medida, clases medias en ascenso– y las prácticas académicas que estudian al ‘otro’ diferente pero son renuentes a ser también sujetos de estudio. Una primera referencia la realiza Edmundo Paz Soldán (2000) bajo el título de *Obsesivas señas de identidad: los bolivianos*

en los Estados Unidos. Por otra parte están los recientes libros de Leonardo de la Torre, *No llores, prenda, pronto volveré... Migración, movilidad social, herida familiar y desarrollo* (2004) y *La cheqanchada. Caminos y sendas de desarrollo en los municipios migrantes de Arbieta y Toco* (2007), en los cuales se abordan y describen los vínculos que se despliegan entre las localidades de Arbieta y Toco en el valle alto cochabambino y la región de Arlington en los Estados Unidos de Norteamérica desde la perspectiva de las remesas, el desarrollo y los gobiernos municipales.

Buena parte de lo expuesto hasta ahora sobre migraciones tradicionales al exterior de Bolivia corresponde a la experiencia de los valles cochabambinos. Su presencia en casi todos los destinos forma parte de la idiosincrasia propia del *cochala*. Se hallan entre los emigrantes más antiguos a la Argentina, en su momento fueron los que consolidaron la presencia boliviana en los Estados Unidos de Norteamérica y ahora, a inicios del siglo veintiuno, son los primeros en consolidar la presencia en un nuevo nicho laboral en España. Las y los cochabambinos van a engrosar eso que Eduardo Galeano (2006) llama “la invasión de los invadidos” en referencia a la presencia latina en la madre patria.

De acuerdo a datos logrados a partir de los registros de vacunación contra la fiebre amarilla para el período 2000-2005, que incluye otros destinos al exterior de Bolivia, la emigración proveniente del departamento de Cochabamba es significativa: 85.455 personas. Esta cifra es altamente impactante para un departamento que registraba una población total de 1.455.711 habitantes según el censo de 2001. Si incluimos en el análisis estimaciones del año 2006 y principios de 2007, considerando a la Argentina, tenemos que un 10% de la población de Cochabamba ha salido del país en los últimos siete años. En esto hay que considerar también los retornos; sin embargo, estos retornos, ya sean voluntarios o forzados (deportaciones), no dejan de afirmar el hecho de la fuerte movilidad socio-espacial que se da en el departamento de Cochabamba. En el Cuadro N° 1 se explicita con mayor claridad y detalle para el presente siglo esta diáspora que se vive en Cochabamba con una diversidad de destinos. En orden de importancia tenemos a España (56,6 %), Brasil (15,6%), México-Estados Unidos (8,1%) e Italia (7,4%). Más de un 10% de los emigrantes de Cochabamba prefieren otros destinos tanto en América (Chile, Perú, Venezuela) como Europa (sobre todo Inglaterra, Suecia, Francia

y Alemania). Es fundamental subrayar que en este Cuadro destinos importantes como la Argentina están sub representados, ya que la fuente para la elaboración del mismo son los registros de vacunación contra la fiebre amarilla, requisito indispensable para viajar a países en Europa, Norteamérica, Brasil y otros pero no así para la Argentina, Chile o Perú.

Cuadro N° 1
País de destino emigración internacional
Cochabamba 2000-2005

País	Año						Total	
	2000	2001	2002	2003	2004	2005		%
España	739	1175	5435	10921	18321	11741	48.332	56,6
Brasil	2230	2078	2346	2156	2551	1996	13.357	15,6
México-EE.UU.	1566	1288	1187	1007	988	951	6.987	8,1
Italia	243	405	971	1477	1727	1475	6.318	7,4
Otros América	380	516	621	543	991	1122	4.173	4,9
Otros Europa	185	263	765	877	1184	944	4.218	5
Otros							2.070	2,4
Total							85.455	100%

Fuente: Elaboración propia sobre la base de registros de vacunación contra la fiebre amarilla.

Este cuadro expresa muy bien la idea de multipolaridad en la nueva fisonomía de la migración, cochabambina en particular y boliviana en general. El esquema de migración pendular entre dos puntos establecidos y fijos en el espacio y el tiempo han dado lugar a dinámicas más complejas de circulación espacial y territorial en más de un destino externo y un origen interno. Hay referencias de familias migrantes bolivianas en la Argentina que no sólo salieron a España sino también a los Estados Unidos de Norteamérica, desde donde hoy en día mantienen a sus familiares residentes en el populoso barrio boliviano de Charrúa en Buenos Aires. Esta dimensión de multipolaridad que se observa como característica sobresaliente en los actuales desplazamientos poblacionales de los valles cochabambinos hay que entenderla en el contexto de la globalización pero también a partir de las experiencias y el acumulado migratorio que estas sociedades han ido desarrollando a lo largo del tiempo, lo cual les posibilita acceder a diversos mercados laborales a escala internacional recurriendo a prácticas comunales. En

este sentido, hay que interpretarlas considerando también el aspecto más básico sobre el cual se van acrecentando las migraciones: el despliegue desde el núcleo familiar de relaciones sociales que activan y posibilitan redes para los desplazamientos migratorios.

La familia, los parientes y las redes sociales

Antes de referirnos específicamente a las familias transnacionales como producto de estas nuevas formas de intercambio, interesa especificar algunos rasgos o características que asumen las familias en los diversos procesos sociales, económicos y culturales. Los diversos abordajes que suelen realizarse para caracterizar a la familia en una gran mayoría adolecen de ser fragmentarios y unidisciplinarios, lo cual limita las posibilidades para entender y comprender su dimensión efectiva y su significado. Ante esto, se hace necesario estudiar a la familia a partir de aproximaciones multidisciplinarias y sistemáticas que permitan una mayor y mejor interpretación de su rol en las dinámicas migratorias. Asimismo, la complejidad y diversidad de la familia es resultado de varios elementos: económicos, sociales, psicológicos y culturales. No es posible hablar de un modelo predominante de familia, en la medida que existen diferentes estilos y formas de vida, en función a zonas geográficas, ámbitos rurales o urbanos a la diversidad cultural y otros elementos.

En la sociedad boliviana existe una diversidad regional, étnica y clasista, con un pasado prehispánico y colonial, que presenta un conflicto polifacético ligado al mestizaje y que ha dado lugar a identidades sociales y regionales diversas como la indígena, mestiza o chola y blanca. Ardaya (1978) afirma que no existe una familia boliviana tipo, sino un modelo implantado por el Estado y la Iglesia que está sustentado por varias ideologías que consideran a esta institución como nuclear, monogámica estable, urbana y armónica. En todo caso, una sociedad tan diversa y heterogénea como la boliviana está constituida por una diversidad de sistemas familiares complejos y con características particulares. De manera general y esquemática, a continuación presentamos algunas características o tipologías de familias:

Familia nuclear. Es aquella integrada por el padre, la madre, o uno de ellos, y los hijos solteros. Este tipo de familia puede dar origen a

varias combinaciones (una pareja sin hijos, una pareja con uno o más hijos solteros, o el padre o la madre con uno o más hijos solteros). Aquí debemos subrayar el creciente número de familias monoparentales en las que la jefatura del hogar la ejerce la mujer.

Familia extendida. Es aquella integrada por personas de tres o más generaciones, más de una familia nuclear y parientes colaterales. Este tipo de familia está considerada como una composición familiar típica de las sociedades no industriales, caracterizada por su gran tamaño y complejidad. Algunos rasgos característicos que presenta son: presencia de otros parientes que viven junto a la familia nuclear, grupo de tres o más generaciones, algún antepasado común y reconocimiento de relaciones lineal y colateral, propiedad común de los recursos y actividades de producción y consumo y control dominante sobre las relaciones y toma de decisiones basadas en la edad. En todo caso, es importante mencionar el carácter activo y dinámico de las familias que, en función a las necesidades o requerimientos, pueden pasar de la típica familia nuclear a la extendida y volver a un esquema nuclear en el futuro.

Familia compuesta. Es la familia nuclear o extendida en cuya casa viven, además, otra u otras personas no emparentadas con el jefe, o dos o más personas no emparentadas entre sí.

Familia reconstruida. Esta familia nace de una pérdida (la separación o muerte de un cónyuge), tiene características distintas a las familias convencionales: a) mujer u hombre divorciado/a o viudo/a, o concubinado/a con otro hombre o mujer sin hijos de otra unión; b) mujer u hombre divorciado/a o viudo/a, o concubinado/a con otro hombre o mujer con hijos de otra unión; c) mujer u hombre divorciado/a o viudo/a, con hijos, casado/a o concubinado/a con otro hombre o mujer con hijos (de ambos).

Familia en transición. Es la que tiene que asumir un número importante de cambios en un corto período de tiempo. Por ejemplo, familias que están en proceso de divorcio, que han perdido a un miembro del sistema o las que han iniciado un proceso migratorio, como es nuestro caso. Es un período intermedio e incierto. Es posible que pase de familia extendida a familia nuclear o a familia monoparental.

Existen otros modelos de familias intermedias que a veces se suman a la familia nuclear para formar una extensión de la misma. Sin embargo, hay que distinguir entre estos grupos de familia semi extensa o familia extensa de conveniencia y la llamada familia extendida que es el grupo de familiares de la parentela, por consanguinidad y por relación política, la familia de la pareja, que no convive ni radica bajo el mismo techo, pero con cuyos integrantes se mantienen relaciones de cierta regularidad. Son dos casos diferentes: la familia extendida como grupo de relación y la familia extensa como grupo de convivencia (Rodríguez, 1998). En el área rural, la idea tradicional de familia nuclear, integrada por padres e hijos, resulta estrecha para entender las relaciones de género en la distribución de tareas, así como la toma de decisiones a nivel comunal y extra comunal. En las comunidades campesinas quechuas prevalecientes en los valles cochabambinos, las relaciones de familias extensas son las que permiten la producción y reproducción de la familia y la comunidad, por ello el concepto de familia extensa o ampliada permite un mejor acercamiento a la comprensión de la temática.

Al momento de pensar la familia no sólo debemos considerar las formas o modelos que éstas adoptan, sino las funciones que despliega el sistema familiar en sus dinámicas: “las funciones del sistema familiar son realizadas por padre y madre en forma diferenciada [...] dentro el sistema el padre y la madre deben tener mayor jerarquía y poder con relación a los hijos. La distribución de poder también depende del ciclo vital por el que está transitando la familia, los padres y madres, tienen mayor poder cuando los descendientes son pequeños, a medida que estos crecen y los padres envejecen, los hijos adquieren mayor poder” (Aráoz De la Zerda, 2001: 27). Las funciones que se cumplen en el sistema familiar son: satisfacción de necesidades biológicas, subsistencia, seguridad emocional, relaciones interpersonales afectivas y vínculos emocionales. También es una función de la familia garantizar el desarrollo de la identidad individual vinculada a la identidad familiar, lo cual hace que el individuo incorpore o integre modelos psicosociales de género, ligados a la organización social y a la jerarquización de la estructura social a la que pertenece.

Las alianzas o trayectorias matrimoniales son otro factor importante a considerar así como las relaciones de parentesco, que en estos casos

suelen ir más allá de la familia de origen. Las relaciones a partir de lazos familiares, de compadrazgo, de ahijados y otras funcionan como redes invisibles que fortalecen las estrategias de subsistencia en las que los lazos de solidaridad se mantienen a pesar de estar mediados por relaciones de tipo asalariada. Por otro lado, una parte importante de las uniones matrimoniales se dan, en primer lugar, entre personas reconocidas como de la comunidad o nacionalidad. Los acontecimientos sociales, las fiestas religiosas y los encuentros deportivos son espacios sociales que permiten a muchos migrantes reconocerse como miembros o partícipes de una comunidad. Alison Spedding en referencia a las comunidades rurales del altiplano y yungas del departamento de La Paz señala: “[t]odos estos elementos implican que la migración de un miembro del núcleo familiar o de la familia en pleno, no es el resultado más o menos mecánico de la combinación de uno, dos, tres o más variables, sino una estrategia y un proceso que depende a la vez de las estrategias y procesos realizados por sus parientes y otros miembros de su comunidad e incluso de la región” (1999: 11). Estas lógicas y prácticas se amplían perfectamente a lo transnacional, tal como lo describe el siguiente relato de una mujer cochabambina que radica en España desde 2003:

Yo les he hecho venir, ahora toditos mis hermanos están aquí, menos uno, el mayor. A partir de mí han venido cuatro, después sus mujeres están aquí de toditos [...] los hijos del [hermano] mayor están con él y la mujer llegó hace cuatro o cinco meses a Coruña; de mi hermano, el segundo, esta él, la mujer y sus dos hijos, su hija que recién llegó hace cuatro meses y tiene un hijo de un año que nació aquí, él dice “yo ya no voy más allá porque allá no hay futuro”, y bueno, quiere quedarse aquí; después del tercero vino la mujer primero, yo también le ayudé a venir, luego le trajo al marido ella por cuenta propia y luego ya se trajeron, para Navidad creo, a los dos hijos y ya están los cuatro allá en Coruña, ambos ya tienen papeles y están muy bien ya tienen a los hijos allá e igual no piensan en irse allá [Cochabamba], [...] después el que le sigue, que sería mi hermano César, igual, despuecito de mí vino, estuvo aquí dos años y también hizo traer a su mujer y sus dos hijos. Y mi hermana está aquí, también vino después de mí... (Amparo, Madrid, 20/06/06).

Sin embargo, como ya advertimos, no todos los miembros de la familia actúan en igualdad de condiciones ni poseen la misma capacidad de negociación; existen relaciones de poder, valores culturales ideológicos que marcan los roles, las identidades y las condiciones de reproducción de los individuos. La migración como proceso social se desenvuelve en torno al ser humano y la familia; y es ahí donde se presentan sus primeros efectos; los costos emocionales y sociales de la manutención de los vínculos familiares son más altos para ciertos miembros de la familia.

En Bolivia, un primer acercamiento a la temática de las ‘familias transnacionales’ es el de Leonardo de la Torre en referencia a la migración del valle alto cochabambino hacia los Estados Unidos de Norteamérica. El autor denomina familia migrante transnacional o familia transnacional a la que participa del fenómeno migratorio a través de uno o más de los miembros de su unidad nuclear, compuesta por padre, madre, hermanos o por hijos, esposo o esposa (2006: 126). Aunque hace mención a la relación cotidiana de la migración en torno a las remesas y otras prácticas transnacionales no enfatiza los intercambios y los vínculos fundamentales que determinan estas redes. Por otro lado, la investigación reciente de Ferrufino *et al.* (2007) en la ciudad de Cochabamba centra su análisis en la situación psicosocial y educativa de los niños, niñas y adolescentes cuyos padres han emigrado a diversos países y asumen a la familia transnacional en virtud a los “lazos permanentes” que los progenitores mantienen con sus familiares en el país de origen y que “su conformación es posible porque ellos la han considerado como una adecuada estrategia para mantenerse como familia” (: 48-49). Más allá de estas afirmaciones categóricas, es evidente que la dimensión relacional es la que posibilita el surgimiento de la familia transnacional; ahora bien, también cabe preguntarse respecto a la perdurabilidad de este tipo familiar en el tiempo, o si en las segundas generaciones de migrantes estos lazos tienden a debilitarse, como sucede en el caso de las remesas.

En todo caso, las familias afectadas por los procesos migratorios se ven obligadas a aceptar su nueva condición y a recrear los lazos de comunicación constante con sus familiares, lo cual es posible por el consumo tecnológico: llamadas telefónicas, teléfono celular e Internet, básicamente. La mayor fluidez y diversidad de los intercambios entre estos nodos de los actuales procesos migratorios transnacionales

requiere de redes que las posibiliten, que influyen tanto en la decisión de migrar como en el destino y en quién migra, con quién y dónde se quedan los hijos; a la vez que, desde una perspectiva más amplia, da lugar a comunidades transnacionales. En esta lógica de abordaje más integral sobre el hecho migratorio, que incorpora tanto a la comunidad de origen, los lugares de tránsito y de destino, así como los intercambios que se realizan en estos ‘nuevos campos sociales’, Gioconda Herrera sostiene que:

[L]os conceptos de comunidad y familia transnacional aparecen en los estudios sobre migración internacional en los noventa, junto con una crítica a los modelos explicativos basados en el paradigma ‘push-pull’ (expulsión-atracción) y abogan por una comprensión más integral y procesal de los fenómenos migratorios (...). Las comunidades transnacionales vienen a ser ‘campos sociales’ que se conforman en espacios transnacionales en los cuales se producen flujos de personas, de información, de dinero y de bienes materiales. Dentro de estos campos circulan redes sociales y capital simbólico además de económico (2004: 10).

Al relacionar en el análisis a la comunidad de origen con la de destino y hacer hincapié en las redes y tejidos que se desarrollan en estos espacios, adquieren importancia los aspectos de la vida cotidiana, las prácticas de comunicación, los cambios de comportamiento en función a nuevos estatus, y los flujos de capital económico y social. El conjunto de estos aspectos se facilitan y potencian por las transformaciones aceleradas de la tecnología de las comunicaciones y el transporte que hacen posible una ‘sensación de cercanía’ pese a la separación por océanos y miles de kilómetros. “[L]as comunidades de origen siguen siendo los principales referentes identitarios para quienes no se encuentran en sus países, además, debido a la frecuente pérdida de estatus social que significa la migración en las sociedades receptoras, es muy importante obtener reconocimiento en la sociedad de origen y demostrar que se ha triunfado” (: 11). D’Aubeterre (2001), citado por Herrera, menciona que los flujos migratorios pueden conformar un tipo de familia transnacional que no necesariamente rompe con los patrones hegemónicos de la familia, pese al trastocamiento de muchas de sus prácticas cotidianas (la conyugalidad a distancia, las negociaciones de roles y relaciones de

poder entre marido y mujer, la fidelidad, etc.); en el mismo sentido, reconoce que dentro de las familias transnacionales se reproducen formas de desigualdad entre sus miembros, pero pone mayor énfasis en la “agudización o exacerbación de los conflictos que encontramos en las familias comunes, especialmente en los conflictos de género e intergeneracionales” (: 12). En este sentido, las familias transnacionales se ven obligadas más que cualquier otro tipo de familia a trabajar con mayor vehemencia sus vínculos familiares para minimizar los riesgos que la distancia supone en pos su reproducción. Para esta autora, la familia transnacional deber ser entendida “como un locus de soporte social y emocional pero también como un campo conflictivo de circulación de relaciones de poder entre los diferentes miembros que la conforman”; esta visión permite rescatar la diversidad de las experiencias entre los distintos miembros de la familia, incluyendo las de los hijos/as.

Las comunidades transnacionales

El conjunto de elementos descritos, los datos empíricos que muestran la magnitud de los actuales flujos de bolivianas/os hacia España y sus características, entre las que sobresalen los lazos familiares, las redes sociales y los vínculos económicos, comunicativos y culturales como impulsoras y posibilitadoras de dichos procesos, nos llevan a verificar la recreación de ‘espacios transnacionales’ de la “bolivianidad” (Grimson, 2005) en Madrid y Barcelona, ciudades denominadas globales por Saskia Sassen (2003).

La conformación de estos ‘espacios transnacionales’ en tanto campos sociales emergentes es altamente favorecida por algunas características del origen y *performance* de los y las migrantes. En nuestro caso, y como hemos visto antes, los datos de la encuesta a emigrantes a España indican que un 88,4% tiene familiares en dicho país. El 87,8% de los encuestados afirma tener a alguien que espera su llegada. Cuando se pregunta “quién espera su llegada”, el 28,7% indica que la persona que espera su llegada es un hermano o hermana, otro familiar no especificado representa el 27,7%, una persona amiga (no familiar) el 16,6%, el 13% el esposo o esposa y el 8,5% la madre (reunificación familiar). Cuando indagamos sobre el tiempo de estadía de los familiares y/o conocidos en España, encontramos que el 38,8% se halla entre uno a tres años, el 24,8% entre cuatro a seis años y el 11,6%

menos de un año. Estos datos señalan la importancia de la familia (sobre todo de algunos miembros, como las hermanas/os) y las redes que se establecen a partir de ella en los actuales flujos migratorios, a la par que evidencian que se trata de movimientos recientes. Al respecto, basta recordar la historia de Amparo:

Yo les he hecho venir, ahora toditos mis hermanos están aquí, menos uno, el mayor. A partir de mí han venido cuatro, después sus mujeres están aquí de toditos [...]

Por otro lado, cerca de un 50% (47,3%) de los/as migrantes que salen del departamento de Cochabamba han nacido en el área metropolitana, lo cual lleva a plantear la siguiente hipótesis: la migración internacional tiende a urbanizarse cada vez más con relación a las migraciones tradicionales del siglo pasado en las que prevalecía el origen rural de los migrantes. Sin embargo, si analizamos la conformación del conurbano cochabambino, nos damos cuenta que, pese a su reciente consolidación (menos de dos décadas), ha crecido y, por lo tanto, ha incluido en su proceso expansivo a comunidades campesinas que, en períodos relativamente cortos, han sufrido un fuerte proceso de urbanización. Ésta es la condición de localidades como Quillacollo, Sacaba, Colcapirhua y Tiquipaya, espacios que hoy en día forman parte del área metropolitana y de donde sale un gran número de migrantes hacia los nichos labores transnacionales. A esto hay que añadir que un 35% de migrantes con destino a España provienen de provincias rurales del departamento, con fuerte predominio del valle alto cochabambino, 'icono mayor' de las migraciones internacionales. Paralelamente, si consideramos los datos de la movilidad interna del departamento de Cochabamba, tenemos que ésta mantiene una fuerte dinámica socioespacial que vincula las áreas rurales con la ciudad capital, con otras ciudades y países extranjeros. La reconfiguración y recreación de un 'ethos comunitario' de raigambre rural en escenarios urbanos diversos (nacionales e internacionales) se constituye en el *know how* para la construcción de las comunidades o espacios transnacionales.

Sin duda, muchas y diversas son las 'prácticas de vida' que configuran los campos/espacios transnacionales. Con fines prácticos, mencionaremos tres niveles o ámbitos de las prácticas en las cuales se recrean las comunidades transnacionales: en el ámbito económico, a través de las remesas monetarias; en el cultural, de una manera casi natural;

y a nivel político, en virtud al referente nacional. Dado que la base de los procesos migratorios transnacionales está fundada en lo económico, éste es el ámbito en el cual se estructuran lazos y relaciones estables en función a las remesas monetarias. Resulta por demás evidente el fuerte impacto macro y micro económico que tienen las remesas económicas en los países de origen.

Las remesas económicas y sus impactos

Según el Banco Mundial, en 2005, el flujo de remesas desde los países desarrollados hacia los países en vías de desarrollo alcanzó 179.000 millones dólares; diez años antes, en 1995, este concepto ascendía a 31.000 millones. En 2006, las remesas hacia el conjunto de los países en desarrollo llegaron a 199.000 millones de dólares, 6% más que en 2005. América Latina sigue siendo la región que más remesas recibe, con más de 68.000 millones de dólares en 2006, 14% más que en el año anterior (BID, 2006).

El Estado español es el primer 'remesador' de la Unión Europea. Los últimos datos que la Comisión Europea dispone sobre las remesas son de 2004 e indican que el Estado español ocupa el primer lugar en el ranking, con 3.258,3 millones; aunque hasta ahora esta cifra se ha duplicado.

Bolivia, según estudios del BID, el año 2005 recibió por concepto de remesas la suma de 860 millones de dólares americanos, provenientes sobre todo de los Estados Unidos de Norteamérica, Europa, Argentina y Brasil. Las ciudades que reciben mayores remesas son Santa Cruz (18%), Cochabamba (17%), El Alto (14%) y La Paz (9%). La frecuencia de los envíos, en promedio, es de de ocho veces al año. El promedio de las remesas provenientes de Latinoamérica es de 120 dólares y de 220 dólares las provenientes de Estados Unidos y Europa. El 55% de estas remesas se destina a la inversión, reforzando el núcleo de origen a través de la educación y los servicios, y un 45% se destina a los gastos diarios (Bendicen & Asociados, 2005). En los últimos años, las investigaciones nacionales han hecho énfasis en el tema de las remesas y su relación con el desarrollo⁷.

7 De la Torre (2005); varios estudios presentados a la Convocatoria del Fondo M'inka de Chorlaví, 2006.

Diversos datos sostienen que las remesas ayudan a disminuir los horizontes de pobreza, pero asimismo afirman que las remesas no deben concebirse como dispositivos que reemplacen las estrategias para superar este problema. Los expertos en el tema afirman que las remesas no solucionan los problemas de desarrollo regional y nacional, los cuales, por definición, reclaman una participación estatal de mayor envergadura, así como de crecientes flujos de inversión privada. De igual manera, estas transferencias económicas no pueden sustituir a los fondos que provienen de la asistencia oficial para el desarrollo, ya que el envío de dinero de un migrante a su familia, así como el uso y destino final de esos recursos, se localizan en la esfera de la vida privada, por lo que no deben estar sujetos a una indebida regulación oficial.

En este sentido, es fundamental generar acciones para promover la reducción de los costos y facilitar el envío de las remesas, así como ampliar el acceso a la infraestructura bancaria y financiera de los remitentes y los receptores, de modo que se garantice la seguridad de los envíos y se logre el máximo aprovechamiento de estos recursos, sobre todo en las áreas rurales y marginadas del país de origen.

Desde hace algunos años, el tema de las remesas económicas ha concentrado la atención de los medios de comunicación; y organismos internacionales, como el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, la Organización Internacional del Trabajo y la Organización Internacional de Migraciones, han difundido y potenciado la discusión sobre el tema. Resulta por demás evidente el fuerte impacto macro y micro económico que tienen las remesas económicas en los países de origen. A decir de Teófilo Altamirano (2006), las remesas, hasta hoy, han incrementado sustantivamente los ingresos familiares; sin embargo, también han creado nuevas necesidades económicas, sociales y culturales en la familia, en la comunidad y, en general, en el país. Asimismo, Altamirano alerta sobre la posibilidad de que las remesas pueden ser un argumento para reducir las políticas sociales y la responsabilidad de los gobiernos con su población.

Sin embargo, cada vez se hace más evidente el beneficio que gozan los lugares de destino que albergan a los flujos migratorios laborales. Las investigaciones al respecto son concluyente: “A corto o mediano plazo la inmigración mejora las condiciones económicas de la población nativa, aumenta la productividad del trabajo, e incluso puede

aumentar el ritmo de crecimiento de largo plazo” (Ogletti, 2006); “más población implica más ocupación, moderación salarial, mayor oferta de empleo, moderación de los precios y la economía en su conjunto tiene mayor renta y mayor crecimiento” (Oliver, 2006).

Si estoy con trabajo, cada mes mando unos 500 dólares, 300, y si no hay pues trato siempre de mandar lo justo, ahora mismo mando 100, 150 [...] allá en Bolivia sé que el dinero se lo usa sobre todo para comer, para cualquier cosa que falta en la casa, más que todo para eso (Hernán, Madrid, 22/06/06).

En el caso específico de España, que atrae a masivos contingentes de trabajadoras y trabajadores bolivianos, según la Caixa Catalunya, sin inmigrantes, el crecimiento per cápita podría haberse reducido a la mitad, o menos, del que efectivamente se tuvo el año 2005.

La comunidad cultural transnacional

El ámbito cultural es quizás donde se promueve con mayor intensidad la construcción de las comunidades transnacionales en los lugares de destino. Consideramos que este nivel constituye el eje articulador de las prácticas que derivan en la conformación de la comunidad transnacional. Las manifestaciones más concretas del nivel cultural están presentes en aquello que hemos llamado el núcleo duro de los procesos migratorios, vale decir, en las formas y sistemas familiares así como en el despliegue de redes y relaciones que posibilitan los desplazamientos entre los lugares de origen y los de destino.

Sin embargo, estas prácticas culturales están también íntimamente ligadas a la dimensión de lo nacional, como lo advierte Grimson (2005) cuando señala que la referencia a la nacionalidad es, fundamentalmente, una referencia a la cultura y a las tradiciones. Como mencionamos anteriormente, este autor considera que en Buenos Aires se está construyendo ‘desde abajo’ una nueva bolivianidad cuyo eje organizador es la dimensión cultural que se despliega en el proceso migratorio. La referencia a la transnacionalidad desde abajo proviene de la distinción de Guarnizo y Smith (1999): transnacionalismo ‘desde abajo’ y ‘desde arriba’. Se habla de transnacionalismo ‘desde arriba’ para identificar los procesos y acciones desarrolladas por grandes asociaciones económicas, políticas y sociales. En cambio, se habla de

'transnacionalismo desde abajo' para caracterizar dinámicas que nacen de las prácticas concretas de los migrantes en sus vidas cotidianas; estas prácticas tienen la particularidad de vincular dos espacios geográficos, económicos y socioculturales distintos, activando relaciones sociales existentes en ambos lados y produciendo nuevas relaciones que se incorporan como base de futuras prácticas (Estefanoni, 2007).

Nuestra corta estadía en las ciudades de Madrid y Barcelona como parte del trabajo de campo de la investigación nos permite afirmar que también ahí, de una manera rápida e intensa, se reproducen características de los esquemas antes descritos. Esta rapidez e intensidad en la conformación de los espacios transnacionales en España por parte de los/as migrantes bolivianos pueden ser atribuidas en gran medida a experiencias previas que son reiniciadas en los nuevos destinos; de manera concreta, pensamos que trayectorias desarrolladas en la Argentina son re-contextualizadas en estas ciudades, generando un extenso tejido organizacional que incluye agrupaciones, asociaciones, instituciones y/o grupos de afines que se reúnen entorno a lo que Grimson (2005) llama 'la bolivianidad'. Estos múltiples espacios de bolivianidad giran en torno a la comida y la bebida, la música y la danza, las fiestas familiares y sociales, y ligas y campeonatos de fútbol; pero también, cada vez más, en asuntos de orden social y político. Veamos algunas características de estos aspectos.

Los circuitos y referentes ineludibles de inicio están relacionados con la comida y la bebida. En zonas específicas de estas urbes españolas, como Usera y Hospitalet (en Madrid y Barcelona respectivamente) se concentran los restaurantes y bares de bolivianos, son los espacios desterritorializados por excelencia en los cuales se come, baila y toma como en Bolivia. De manera más notoria, debido el grado de concentración de bolivianos/as, es en el barrio de Usera donde encontramos un mayor número de restaurantes que en sus fachadas anuncian platos típicos: salteñas, silpancho, chicharrón, fricasé, lomo montado, caldo de cardán, ranga, sopa de maní, majadito, picante mixto, pique macho y falso conejo; y entre las bebidas que se lee en el menú figuran la chicha morada y el *moko chinche*.

Una incursión dominical a uno de estos establecimientos ilustra muy bien la dimensión e importancia de estos lugares. "La perla boliviana" es quizás uno de los restaurantes bolivianos más antiguos en Madrid.

Está, obviamente, en el barrio de Usera y su propietaria, doña Dora Gutiérrez, nos cuenta que ella llegó antes de la ola migratoria de los últimos años y que se encaminó hacia la gastronomía comercial más por las circunstancias que por la vocación. Cuenta que años atrás, los días domingos, ella se encargaba de llevar la comida preparada para sus hijos que jugaban fútbol con otros compatriotas, y el almuerzo familiar terminaba siendo social. “Fueron ellos”, dice doña Dora refiriéndose a los amigos de los hijos, “quienes me animaron a poner el restaurante” que, además, ya cuenta con una sucursal en el mismo barrio. Y claro, doña Dora es cochabambina y como tal domina los secretos de la cocina. En el local (“La perla boliviana I”), que es muy amplio y requiere de mucho personal boliviano para su atención, se reconocen caras, fisonomías y acentos *chochalas* y cambas. Es notoria la presencia de mesas de mujeres que trabajan mayormente en el servicio doméstico como internas y salen sólo los fines de semana. Sin embargo, también en el local se observa a familias con niños pequeños que no dejan de mirar las pantallas de televisión en las cuales se pasan videos de bailes de los caporales, aunque se anuncia música en vivo: desde Cochabamba y de manera exclusiva para “La perla boliviana”, Ana Cristina Céspedes⁸. Sin duda, la comida tradicional es el elemento central que reúne a la colectividad boliviana y, sobre todo, a la cochabambina; pero en estos restaurantes también se expresan los cambios y transformaciones, por ejemplo, una nueva variedad de plato “mixto de chanco” muy apetecido que ofrece “El Dorado”, bar restaurante de Barcelona, que consiste en una gran porción de chicharrón junto a otra significativa porción de escabeche. Esta combinación de comida caliente (chicharrón) y comida fría (escabeche) en un mismo plato es algo impensable e inadmisibles en Cochabamba (centro gastronómico por excelencia de Bolivia), pero en Barcelona no sólo que es posible, sino también apetecible. Todo gira en torno al ‘comer rico’ que se construye donde se habita.

Otro elemento importante en la construcción de estas comunidades transnacionales es la música y la danza. Son muy comunes las agrupaciones folklóricas de baile que realizan presentaciones en instituciones sociales, festivales barriales, regionales e incluso internacionales. Una certificación de ello es la revista “Migr@nte” del periodista boliviano Edwin Pérez Uberhuaga que reporta un sinnúmero de eventos

8 Ana Cristina Céspedes y otros artistas del folklore boliviano son figuras en la colectividad boliviana en España.

de carácter cultural donde la presencia boliviana es relevante. Pero lo importante de estas presentaciones en diferentes eventos no tiene que ver con la presentación en sí sino con el preparativo previo, es decir, con los ensayos de fines de semana en los cuales, sobre todo, las mujeres y los niños y niñas, se reúnen para practicar los bailes escogidos: tinku, caporales, saya, morenada chacarera, entre otros. En estos escasos espacios de recreación que disponen los migrantes se recrean los lazos de comunidad y se los proyecta hacia lo que se asume como la colectividad.

Si durante los fines de semana las mujeres se juntan para practicar danzas, los hombres se arremolinan alrededor de la pelota. En Madrid, la Liga Fútbol Boliviano (LIDEBOL) aglutina a unos 40 clubes deportivos y sus campeonatos establecen dinámicas esenciales de confraternización entre connacionales a lo largo de varios meses del año. En otras investigaciones y en referencia a otros destinos, se ha señalado también la importancia de estos ámbitos deportivos en las dinámicas migratorias (Hinojosa, 2000; De la Torre, 2006) y no es de extrañar que surjan con igual intensidad e importancia en España.

Pero si hay algo estructural en la conformación de estos espacios transnacionales son las prácticas comunicativas contemporáneas que se desarrollan entre los lugares de origen y los de destino. El enorme desarrollo tecnológico experimentado en las últimas décadas no sólo ha significado el incremento y la mayor rapidez de las comunicaciones, sino también ha trastocado las nociones de tiempo y espacio para generar formas novedosas de convivencia en mundos separados y diferentes pero a la vez conectados y simultáneos. Dependiendo del estrato socioeconómico y de la responsabilidad familiar, la comunicación telefónica es diaria, semanal o mensual. Muchos migrantes llaman a sus casas en Bolivia los fines de semana o se comunican por Internet. Los sábados y domingos, los locutorios de los barrios de concentración boliviana son concurridos, en cada cabina se vive una historia cargada de sentimientos fuertes, de ausencias y evocaciones, pero también de esperanzas y promesas puestas en el futuro.

Por otro lado, se nota en estos espacios transnacionales un transitar por nuevos derroteros. Específicamente nos referimos a una dimensión política de empoderamiento de los bolivianos en el exterior, que en un primer momento surgió y adquirió notoriedad en la ciudad de

Buenos Aires con relación al tema del voto en el extranjero, pero que ahora tiene ramificaciones en otros lugares. Un ejemplo de ello fue el “II Cabildo Abierto de Bolivianos y Bolivianas en Barcelona-España” realizado en marzo de 2006. Allí, de manera explícita se convocó a la comunidad boliviana perteneciente a organizaciones culturales, deportivas, sociales, empresariales a:

... participar en la construcción de un nuevo país ahora que el rumbo de la historia boliviana esta cambiando. Ser parte en los procesos de construcción de nuevas formas de gestión pública, ‘Servicios Exteriores de Bolivia en España’ acordes a nuestra realidad.

Ahora bien, si en la construcción transnacional de la bolivianidad algunos referentes nacionales se hacen presentes en íntima relación con las prácticas culturales, es importante destacar también el rol ambiguo que desempeñan los Estados nacionales en la temática migratoria. En una reciente investigación, “Migraciones internacionales y política en Bolivia: Pasado y presente” (2007), Domenech y Magliano señalan que la política migratoria boliviana se basó históricamente en la regulación y control de las migraciones internacionales y en el fomento de determinados flujos de población, conforme al proyecto de nación imaginado por los sectores dominantes; y pese a que la “cuestión migratoria” ha estado presente en el discurso oficial boliviano a lo largo del siglo XX, recién en los últimos años esta problemática adquirió mayor visibilidad y relevancia dentro de la agenda política nacional, lo cual es una derivación del crecimiento significativo de la emigración de bolivianos en los últimos veinte años.